

EL ALBA

El Herald de la Presencia de Cristo



EL ALBA

Vol. 36 No. 2

Marzo - Abril 2021

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Portugués.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por
Dawn Bible Students Association
División en español
PO Box 521167
Longwood, FL 32752 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: PO Box 521167, Longwood, FL
USA 32752

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia
ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) PO Box
521167, Longwood, FL USA 32752

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

¿A quién servimos? 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Un profeta como Moisés 16

Josué lidera Israel 19

El reinado justo de Josías 22

Elías se enfrenta a Acab 25

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

El Bautismo De La Nueva
Creación Parte 6 28

Anuncio 35

The Dawn – SPANISH Edition

MARCH – APRIL 2021

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

¿A quién servimos?

“Y si les parece duro servir al SEÑOR, elijan hoy a quién quieren rendir culto, si a los dioses a quienes adoraron sus antepasados en Mesopotamia o a los dioses de los amorreos en cuyo país ustedes habitan ahora. Yo y mi casa rendiremos culto al Señor.”

— Josué 24:15 —

UNA DE LAS cualidades innatas en la mayoría de la humanidad es el deseo de adorar y servir a algún ser superior o dios. Hoy, como en el pasado, se han adoptado muchas formas. Algunos se han basado en creencias religiosas, en tanto que otros se han producido a través de la mitología. Algunos han sido vistos como personalidades o seres vivos y otros como objetos inanimados. Algunos ven un ser superior como una mera extensión de sí mismos, quizá con más sabiduría y mayores cualidades nobles.

Independientemente de la naturaleza de los “dioses” en los que la humanidad ha creído a lo largo de los siglos, un tema común es que el “creyente” siente que de alguna manera obtiene ciertos conocimientos del dios o los dioses que adora. El creyente también puede afirmar que estos seres superiores, cualquiera que sea la forma que adopten, tienen el poder de influir en su vida,

ya sea para bien, mal, felicidad, tristeza o de otras formas.

Para aquellos que creen en la Biblia y su enseñanza de un Ser Supremo, la confusión de creer en muchos dioses se acaba. El profeta Isaías, hablando en nombre de Dios, escribió bajo inspiración divina: “Yo soy Dios, y no hay otro; yo soy Dios, y no hay nadie como yo”. (Isa. 46:9). Moisés declaró enfáticamente a los israelitas: “El SEÑOR, nuestro Dios, es un único SEÑOR”. (Deut. 6:4). En el Nuevo Testamento, durante el tiempo en que florecía la mitología romana y griega, el apóstol Pablo, al visitar la ciudad griega de Atenas, habló de la multitud de dioses a los que adoraban supersticiosamente.

“Hombres de Atenas —comenzó Pablo—, percibo que son en todos los aspectos notablemente religiosos. Porque, al pasar y observar las cosas que adoran, encontré también un altar con la inscripción: A UN DIOS DESCONOCIDO. El Ser, por lo tanto, a quien ustedes, sin conocerlo, reverencian, a Él ahora anuncio. DIOS que hizo el universo y todo lo que hay en él, Él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en santuarios contruidos por hombres. Tampoco es atendido por manos humanas, como si necesitara algo, sino que Él mismo da a todos los hombres vida, aliento y todas las cosas. Hizo que surgieran de un antepasado personas de cada raza, para que vivieran en toda la superficie de la tierra, y les marcó un período de vida designado y los límites de sus hogares; para que pudieran buscar a Dios, si es que podían buscarlo a tientas y encontrarlo. Sí, aunque no está lejos de ninguno de nosotros. Porque es en unión más cercana con Él que

vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser; como, de hecho, han dicho algunos de los poetas de renombre entre ustedes: ‘Porque también nosotros somos Su descendencia’. Dado que, entonces, somos linaje de Dios, no debemos imaginar que Su naturaleza se asemeja al oro, la plata o el mármol, o cualquier cosa esculpida por el arte y la facultad inventiva del hombre”. (Hechos 17:22-29, *Nuevo Testamento de Weymouth* en inglés [“Weymouth New Testament”]).

DOS INFLUENCIAS OPUESTAS

Las Escrituras nos informan que desde la caída de nuestros primeros padres en el Edén, dos principios poderosos han operado en la tierra, uno justo y otro malo. Detrás de estos principios han estado sus amos o fuentes de influencia. El principio de justicia emana y es promovido por el Creador, el único Dios mencionado en los pasajes anteriores. El principio del mal es promovido por el gran Adversario de Dios, el Lucifer caído, designado de diversas formas en la Biblia, como Diablo, Satanás y “la serpiente antigua”. (Isa. 14:12; Ap. 12:9; 20:2).

El hombre, en su condición original perfecta, fue creado, como dice la Biblia, a imagen de Dios. (Gen. 1:26,27). En tal condición, por lo tanto, sería natural que él prefiriera ceder a las influencias divinas de la justicia y vivir en armonía con ellas. Sin embargo, debido a la transgresión original de Adán, toda la raza nace en pecado. (Sl. 51:5; 58:3). Por lo tanto, el hombre ha tendido a apartarse de Dios y de los elevados principios de justicia que él patrocina. Sin embargo, ha habido unos pocos a lo largo de los siglos a quienes Dios les ha

hablado y con quienes ha tratado especialmente. Estos, bajo el estímulo de esta comunión divina, han luchado contra las tendencias descendentes y malignas que los rodearon, y, por la gracia de Dios, han sido vencedores. (Santiago 5:10,11).

PECADO PERMITIDO PARA UN PROPÓSITO

El Creador podría haber evitado el pecado en la tierra, bajo el liderazgo del Lucifer caído, pero, en su sabiduría, vio que la raza humana obtendría una gran ventaja al permitirle experimentar los terribles resultados de la desobediencia a la ley divina. (Rom. 7:13). Además, el hecho de que Satanás y los principios de la injusticia hayan dominado principalmente los asuntos de los hombres desde el Edén no indica que Dios haya perdido el control de la situación, ni que su espíritu de amor y justicia sea inadecuado para combatir las fuerzas del mal. Simplemente, continúa permitiendo el mal para que cada generación de la raza, a su vez, pueda experimentar lo que significa el gobierno de Satanás.

Más tarde, cuando Satanás esté atado y ya no pueda engañar a las personas, el reino de justicia de mil años de Dios comenzará a operar en toda la tierra. Todos los que hayan muerto saldrán de la tumba, y cada uno de los hombres tendrá la oportunidad de aprender la justicia y elegir entre el bien y el mal. Entonces, su elección será inteligente, basada en la experiencia real; primero, con el mal en esta vida y, luego, con la justicia durante el reino venidero. (Ap. 20:1-3,6; Mat. 6:10; Hechos 24:15; 2 Pe. 3:13).

En Génesis 3:14,15, Dios nos da un indicio de la gran lucha que existiría entre aquellos que le servirían y

los que servirían al Adversario. Explica que pondría enemistad [hebreo: *hostilidad*] entre estas dos clases, que aquí describe simbólicamente como la “simiente” de la mujer y la “simiente” de la serpiente, la representación visible de Satanás. La simiente de la mujer mencionada en este relato se describe más tarde como las “estrellas del cielo”, en realidad el Cristo o el Mesías de la promesa, que consiste en Jesús, la “Cabeza”, y la “Iglesia”, su “cuerpo”. (Gén. 22:16-18; Ga. 3:16,29; Ef. 5:23; Col. 1:18).

Sin embargo, el Adversario no entendió esto en el momento de la desobediencia de Adán. Durante las edades siguientes, Dios, comenzando con Abel, ha estado seleccionando a ciertos de la raza caída y preparándolos para el servicio futuro en el reino mesiánico. Satanás ha aprovechado la ocasión para oponerse a ellos también, de modo que todos los que han servido a Dios y se han esforzado por vivir con rectitud desde el Edén hasta ahora han sentido el resultado de su enemistad contra ellos. Esto continuará hasta que Satanás sea atado y el reino sea establecido. Se nos dice que, entonces, como “reprimenda” a su pueblo, Dios lo quitará de la faz de toda la tierra. (Isa. 25:8).

AMBOS MAESTROS EXIGEN OBEDIENCIA

Cuando, en Génesis 3:15, Dios dijo que pondría enemistad entre los que le servían y los que no, no quiso decir que él sería el creador de contiendas. La contienda resultante, más bien, es el resultado inevitable de la obediencia a Dios por parte de aquellos que le sirven, y el ceder a las influencias del mal por parte de aquellos

que sirven, ya sea consciente o inconscientemente, al otro amo, Satanás.

Dios ha permitido esta guerra solo en el sentido de que ha establecido el alto estándar de justicia por el cual aquellos que desean servirle están invitados a luchar por ese fin. Como prueba de lealtad y fidelidad, Dios permite que el Adversario ejerza sus contrainfluencias en un esfuerzo por vencer su valor. Sin embargo, Dios está con ellos, y si superan estas pruebas manteniendo el rostro hacia Dios y están decididos a vencer, obtendrán la victoria mediante su maravillosa gracia y fuerza. (Sl. 22:19; 46:1; Heb. 4:16).

La ley divina, que ha sido la piedra de toque de la justicia, a lo largo de las edades del plan de Dios, ha llamado a la obediencia de muchas y diversas formas. Independientemente de los detalles, sin embargo, el incentivo para la obediencia, así como el gran objetivo que se ha de obtener, ha sido el amor desinteresado. Satanás, por otro lado, ha influido en la humanidad a través del atractivo del egoísmo. Cada detalle de la masa confusa de conceptos erróneos y engaños con los que ha alejado a las personas de Dios durante seis mil años ha sido un llamamiento al interés propio de quienes están bajo su influencia.

“Dios es amor”, dice la Biblia. (1 Juan 4:8). Demostró este principio que motiva todos sus propósitos y por el cual desea que sus siervos sean influenciados, dando el tesoro más querido de su corazón, su único Hijo, para que sea el Redentor del hombre. (Juan 3:16). El espíritu de egoísmo y orgullo de Satanás se revela en la explicación bíblica de que intentó usurpar la posición de Dios en el universo. Es este mismo espíritu de

egoísmo el que ha inculcado con éxito en tantos entre la humanidad a lo largo de los siglos. (Isa. 14:12-14).

Ayuda a comprender lo que constituye el espíritu de amor de Dios, el Espíritu Santo, para contrastar lo que las Escrituras dicen al respecto con lo que dicen sobre el espíritu egoísta e impío del gran Adversario. Varios aspectos del Espíritu Santo se conocen como el Espíritu de Cristo; de santidad; de verdad; de promesa; de mansedumbre; de gracia; y de profecía. (Rom. 8:9; 1:4; 1 Juan 4:6; Ef. 1:13; Ga. 6:1; Heb. 10:29; Ap. 19:10).

Las diversas manifestaciones del espíritu de Satanás se describen como el espíritu de temor; de esclavitud; de sueño; del mundo; del anticristo; y del error. (2 Tim. 1:7; Rom. 8:15; 11:8; 1 Cor. 2:12; 1 Juan 4:3,6). Así como todas las diversas manifestaciones del Espíritu de Dios representan y están en armonía con la operación del amor de una forma u otra, así estas diferentes formas de maldad están todas de acuerdo con el orgullo y el egoísmo.

ADVERTENCIAS DIVINAS PARA LA OBEDIENCIA

Muchas de las advertencias divinas contenidas en las Escrituras para la guía y el ánimo del pueblo del Señor reflejan el pensamiento de los dos maestros que están pidiendo nuestra obediencia. Uno de estos, por ejemplo, es el de nuestro texto de apertura, Josué 24:15, en el que Josué pide la obediencia de Israel a Dios al decir: “Escojan hoy a quién servirán”. En este caso particular, la elección debía hacerse entre dioses paganos, servidos por las naciones de las que los israelitas estaban separados, y Jehová, el Dios verdadero.

Desde el momento en que Israel salió de Egipto, Satanás se había esforzado por alejarlos de Jehová, la mayoría de las veces apelando a su egoísmo. Dios permitió que así fueran probados, casi siempre en relación con la abundancia material y las comodidades. (Éxodo 16:3,8; 17:2,3).

Los dioses creados por Satanás, el maestro de todos los dioses falsos, no siempre son los de madera, metal, piedra o arcilla, como han sido los adorados por millones a lo largo de los siglos. De hecho, es probable que muchas personas hoy en día no se sientan tentadas a venerar objetos físicos en la misma medida en que lo han estado en siglos pasados. Sin embargo, incluso entre las personas que por lo demás honran a Dios, en lugar de elegir una vida de plena devoción al Padre Celestial, la mayoría dedica tiempo, fuerza e influencia significativos a la adoración de algún tipo de “becerro de oro” simbólico.

Se dice que, en la ciudad de Ur, de donde Dios llamó a Abraham, la gente adoraba a un dios luna. La simiente espiritual de Abraham hoy en día no está tentada a adorar a una deidad como esa, por lo que Satanás apela a sus instintos egoístas en otras líneas. Se esfuerza por alejarlos del curso de la devoción total a la justicia al mostrarles el “dios del placer”; o el “dios” de la ambición; o el orgullo; o la vanagloria. Cualquiera o todos estos pueden convertirse en ídolos que podríamos poner en nuestro corazón y, al adorarlos, nos alejaríamos de la plena devoción al Dios verdadero.

UNA ELECCIÓN DIARIA

No es suficiente que, al comienzo de nuestro camino como cristianos, optemos por servir al Dios vivo. Todos los días, desde ese momento en adelante, nuestro gran Adversario, de una forma u otra, nos presenta la oportunidad de servir a otros “dioses”. Él ejerce sobre nosotros toda la presión posible para desviarnos del camino de la devoción total al Padre Celestial. Diariamente, por lo tanto, y en cada experiencia, encontraremos necesario elegir a quién serviremos. Nuestro éxito en vencer las influencias egoístas de las diversas sugerencias y engaños que se nos presentan a diario dependerá en gran medida de la firmeza con la que decidamos seguir la justicia. Es casi seguro que la vacilación y la indecisión dubitativa conducirán a la derrota. Sobre este punto, las Escrituras nos advierten: “Sométanse, pues, a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes”. (Santiago 4:7; 1 Pe. 5:8,9).

Es una locura suponer que el cristiano puede servir con éxito a dos amos. Esto se nos indica claramente en Lucas 16:13, donde leemos: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro; o se aferrará a uno y despreciará al otro. No pueden servir a Dios y a mamón”. En este caso particular, el maestro, Satanás, hace su llamado a nuestra devoción a través del amor a las riquezas terrenales o “mamón”. El mismo principio, sin embargo, es válido independientemente del método que este “maestro” pueda utilizar para apelar a nuestro egoísmo. El apóstol Santiago expresa el mismo principio cuando dice que: “El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos”. (Santiago 1:8).

Satanás, el maestro de la iniquidad, no solo se esfuerza por alejarnos de nuestra devoción al Dios verdadero mediante apelaciones directas al egoísmo, sino que también intenta quebrar nuestra devoción determinada poniendo obstáculos en nuestro camino que hacen que sea difícil de llevar adelante nuestra consagración. Puede traer persecución, por ejemplo, junto con la tentadora sugerencia de que podríamos evitar todo esto siendo menos celosos en nuestro servicio al verdadero Maestro. Puede causar la pérdida de nuestros amigos o de nuestro buen nombre, y nos inculcará de muchas otras formas las numerosas desventajas que se derivan de lo que presenta como la locura de servir al Dios verdadero. Todo esto es parte de la enemistad que manifiesta hacia la “simiente” de la mujer. La única esperanza del cristiano de poder resistir sus ataques es confiar en las promesas de gracia de Dios para ayudar en todo momento de necesidad. (Heb. 4:16).

OSCURIDAD POR LUZ

Además de los atractivos y los obstáculos con los que el Adversario intenta romper nuestra lealtad a Dios, también usa el método del engaño sutil descrito por el apóstol como el arte de ser “transformado en un ángel de luz”. (2 Cor. 11:13-15). Esto simplemente significa que intenta que le sirvamos mientras creemos verdaderamente que nos oponemos a él y servimos a nuestro Padre Celestial. La única protección contra ser engañados por este engaño es nuestra plena devoción a los principios de justicia revelados en la voluntad de Dios para nosotros. El gran objetivo del plan de Dios para cada uno de sus siervos es que estén llenos y sean

controlados por su espíritu de amor. El servicio a él basado en cualquier otro motivo, podemos estar seguros, proviene del falso “ángel de luz” mencionado anteriormente.

Para el cristiano durante la presente Edad Evangélica, la gran prueba de la obediencia al principio del amor es la voluntad de dedicar tiempo, energía e, incluso, la vida misma, si se le pide, en el servicio divino. En esto tenemos a Jesús como nuestro ejemplo. Si nuestra dedicación a Dios no es de todo corazón y absoluta, el Adversario podría engañarnos fácilmente señalando formas de presunto servicio que no requieren la entrega de nuestras vidas en sacrificio.

A nuestra carne no le gusta sacrificar. Se siente más complacida cuando se la mimar, se la cuida y se la hace sentir cómoda, cuando se la admira y se la elogia. Cualquier sugerencia engañosa calculada para hacernos creer que así debemos atender a la carne nos engañará, de hecho, si perdemos de vista los términos de nuestra consagración. Si tenemos presentes las exigencias del amor y recordamos que el camino angosto en el que andamos conduce al sacrificio y la muerte, no al alivio y al consuelo, Satanás no podrá influir en nosotros con ninguna de sus seductoras doctrinas.

La oscuridad y la luz como opuestos están estrechamente asociadas en las Escrituras con el egoísmo y el amor, que también son contrarios el uno al otro. Como nuestro Padre Celestial es el Dios del amor, también es el Dios de la luz; y, como el Adversario es el dios del egoísmo, también es el dios de la oscuridad. Aliados con estos opuestos también están la muerte y la vida. Así, cuando pensamos en el maestro Satanás,

asociamos a él el principio del egoísmo que conduce a la oscuridad y la muerte. Por el contrario, cuando pensamos en Dios, nuestro Padre Celestial, asociamos a él el pensamiento de amor, luz y vida. (1 Juan 4:16; 1:5; Sl. 36:9; Juan 17:3).

La oscuridad simboliza el reinado actual del mal acompañado de todas las experiencias nocturnas de miedo, dolor y, finalmente, muerte. En contraste con esto está el hermoso símbolo de la luz y las bendiciones de la paz, la felicidad y, en última instancia, la vida eterna en el reino mesiánico venidero. Estas bendiciones estarán disponibles para todos los que, cuando se les brinde la oportunidad, se sometan a la obediencia a Dios y al gran principio de amor que Él defiende y por el cual todas sus criaturas inteligentes que desean vivir para siempre deben estar motivadas. Destacando este contraste, citamos estas palabras proféticas: “El llanto puede durar una noche, pero el gozo llega por la mañana”, la mañana del día del nuevo reino, cuando el “sol de la justicia” se levantará con la “sanación en sus alas”. (Sl. 30:5; Mal. 4:2).

JESÚS, NUESTRO EJEMPLO PERFECTO

A lo largo de los siglos, ha habido personas entre la humanidad que, a través de su arrogancia egoísta, su crueldad y su degradación, han sido representantes adecuados de Satanás. Asimismo, ha habido muchos personajes rectos y nobles, como, por ejemplo, los antiguos hombres y mujeres fieles del Antiguo Testamento. Estos, a través de su amor por su prójimo y su devoción a los principios de la justicia divina, han ejemplificado, de diversas maneras, el

carácter de Dios. Además de toda esta “nube de testigos”, hay otro que se destaca de manera preeminente, tan preeminente, de hecho, que pudo decir a sus discípulos: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. (Heb. 12:1; Juan 14:9).

Es Jesús, el ejemplo perfecto y vivo para nosotros de lo que implica servir al Dios verdadero. Jesús era completamente uno con su Padre Celestial y, en la perfección de su glorioso carácter, mostró plenamente el amor que hizo que su Padre lo enviara al mundo para ser el Redentor del hombre. Leemos: “En él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres”. (Juan 1:4).

De Jesús también se dice que él era Dios “manifestado en carne”. (1 Tim. 3:16). Esto, por supuesto, no significa que Jesús era Dios, porque Jesús mismo dijo: “Mi Padre es mayor que yo”. (Juan 14:28). Lo que significa es que la concepción más clara que podamos tener en este momento del glorioso carácter de Dios es la que vemos ejemplificada en la vida de Jesús. Por su fidelidad al dar su vida, Jesús nos reveló el verdadero significado de todos los requisitos divinos de aquellos que toman su cruz para seguirlo. (Mat. 16:24).

Cuando Satanás presenta sus engañosas teorías que están calculadas para desviarnos del camino angosto, solo necesitamos mirar a Jesús y aprender de su ejemplo cómo interpretó la voluntad divina en su propia vida. Así podemos estar seguros de lo que Dios quiere que hagamos. Jesús, entonces, es nuestro ejemplo viviente y, como tal, nuestro Maestro, nuestro Maestro en las cosas de Dios. (Mat. 23:8-10).

VICTORIA FINAL

La enemistad entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer terminará en una victoria completa para Dios y para todas las fuerzas de justicia que emanan de él y que él patrocina. La Iglesia recibirá la victoria a través de nuestro Señor Jesucristo, y, en el debido tiempo de Dios, el mismo Satanás será atado y ya no podrá extender su oscuridad y control maligno sobre la tierra y las personas.

A través de Cristo, las malas influencias del egoísmo, la oscuridad y la muerte serán disipadas y, finalmente, erradicadas. “Los habitantes del mundo conocerán la justicia”. (Isa. 26:9). El conocimiento de la gloria y el amor de Dios llenará la tierra. (Isa. 11:9; Hab. 2:14). Aquellos que se someten plenamente a su influencia, ellos mismos estarán llenos del Espíritu de Dios: el espíritu del amor. No solo serán devueltos a la perfección, sino que también se les dará la oportunidad de vivir para siempre entre los otros miles de millones de personas, una humanidad restaurada y feliz. La raza humana perfecta será feliz porque ha aprendido que el camino del amor es el mejor y el único camino verdadero a la vida.

Un profeta como Moisés

Versículo Clave: “*El SEÑOR, tu Dios, levantará un profeta de entre medio de ti, de tus hermanos, como yo; a él oirán.*”

— **Deuteronomio 18:15**

Escritura Seleccionadas:
Deuteronomio 18:15-22

Encontrar un apóstol hablando del cumplimiento de la profecía es una gran ventaja para protegerse contra el error y la incertidumbre. Tal es el caso cuando Pedro recita las palabras de nuestro versículo clave e identifica a este “Profeta” como Jesucristo. (Hechos 3:20-22). Pedro describe la semejanza de este profeta venidero no en forma de personalidad o naturaleza, sino en términos amplios de posición y trabajo. El apóstol Pablo se refiere a esta semejanza general cuando afirma que las experiencias de la nación de Israel, bajo el liderazgo de Moisés, fueron ejemplos, o tipos, para la instrucción y la advertencia a aquellos que vivirían bajo el liderazgo de Cristo. (1 Cor. 10:1-11).

Primero, notamos que Cristo es el profeta como Moisés, tal como se muestra en la Pascua. La institución de la Pascua, registrada en Éxodo 12:1-28, describe cómo los primogénitos de Israel fueron “pasados por alto” del pronunciamiento de la plaga de muerte, y que, como resultado, a ellos y al resto de los israelitas se les dio una nueva vida, libre de la esclavitud egipcia. El

apóstol Pablo identifica al cordero pascual mayor como Cristo. (1 Cor. 5:7). Recordamos que la sangre del cordero de la Pascua sacrificado de los israelitas debía colocarse sobre los postes de las puertas y los dinteles de sus casas, para que se preservara la vida de los primogénitos. Por lo tanto, fueron “redimidos”. (Éxodo 13:15). Esta fue una figura de la realidad que vendría más tarde mediante la sangre preciosa de Cristo, la fuente de la verdadera redención. (2 Pe. 1:18-20). La sangre aplicada del cordero preservó la vida del primogénito y permitió a los israelitas escapar de la esclavitud, pero también necesitaban fuerza para el viaje por el desierto que les esperaba. Para cumplir con esto, Jesús les dijo a sus discípulos que él era el verdadero “pan del cielo”, una fuente de alimento espiritual para fortalecer a sus seguidores en su viaje consagrado. (Juan 6:27-58).

También vemos que Cristo es el profeta como Moisés en lo que respecta a la resurrección. Después de su liberación, los israelitas fueron perseguidos por el faraón y su ejército. No podían escapar por las aguas del Mar Rojo, y Dios los salvó al dividir las aguas para que las personas caminaran en forma segura hacia el lado opuesto en tierra seca. El faraón y sus ejércitos, al intentar seguirlos, fueron destruidos por las aguas. (Éxodo 14:1-31). El apóstol Pablo dice que todos los israelitas fueron “bautizados con Moisés en la nube y en el mar”, y, además, enseña que el bautismo es emblemático tanto de la muerte como de la resurrección. (1 Cor. 10:2; Rom. 6:3-5).

Cristo es el profeta como Moisés también en lo que respecta al logro de la vida mediante la ley de Dios.

En esto, el orden de las experiencias de Israel es significativo. Después de la Pascua y su liberación a través del Mar Rojo, vino la entrega de la ley de Dios a Israel. Así también ocurre con el profeta más grande que Moisés. Después de la muerte de Jesús, el cordero pascual mayor, para la redención de la raza humana, tendrá lugar la posterior resurrección de toda la humanidad de entre los muertos durante su reino mesiánico. Luego, vendrá la entrega de la ley de Dios a todo el pueblo. Para Israel, el monte Sinaí era el lugar de la “gloria” de entrega de la ley. En el cumplimiento mayor, el monte Sion será el escenario de “la gloria más excelsa”. (2 Cor. 3:7-11). Bajo Moisés, una nación, Israel, fue liberada de Egipto y, luego, conducida al monte Sinaí para recibir la ley de Dios. Bajo Cristo, todas las naciones deberán ser liberadas de la esclavitud del pecado y la muerte, y deberán ser conducidas al simbólico monte Sion para recibir la ley de nuestro amoroso Padre Celestial. (Heb. 12:18-24; Isa. 2:2,3).

Josué lidera Israel

Versículo clave: “Y el SEÑOR dijo a Josué: Mira, te he entregado a Jericó y a su rey, y a sus valientes hombres.”
— Josué 6:2

Escrituras Seleccionadas:
Josué 5:13-15; 6:1-20

Si bien algunos pueden cuestionar la justicia de que se le haya dado a Israel una tierra que ya estaba ocupada por otros pueblos y naciones, debemos considerar el asunto desde el punto de vista de Dios. El Salmo 24:1 nos dice: “De Jehová es la tierra y todo lo que hay en ella, el mundo y todos los que viven en él”. (*Nueva Versión Internacional* en inglés [“New International Version”]). De esta y otras Escrituras, entendemos que Dios tiene el derecho de hacer con la tierra lo que le plazca. (Sl. 135:6). Mucho antes, Dios le había prometido esta tierra a Abraham y su posteridad. (Gén. 12:1-7). Después del Éxodo de Egipto, y su posterior viaje de cuarenta años por el desierto, los israelitas entraron en la tierra de Canaán, confirmando el poder de Dios para cumplir sus promesas.

Dar la tierra de Canaán a los descendientes de Abraham fue en parte un juicio sobre los cananeos pecadores. En Génesis 15:16, Dios dio un plazo para la transferencia de la tierra: “Tus descendientes volverán aquí pasadas cuatro generaciones, porque hasta entonces no se habrá colmado la maldad de los amorreos”. Esta

declaración identifica el pecado como una de las razones por las que Dios arrebató la tierra a sus antiguos habitantes. Más tarde, cuando los israelitas se acercaron a la frontera de la Tierra Prometida, Moisés les dio la misma explicación. (Deut.9:4). Abraham no había heredado la tierra inmediatamente porque aún no era el tiempo del juicio, ni había un número suficiente de su descendencia para poseerla. Sin embargo, en el momento adecuado, Dios entregó la tierra a su pueblo elegido.

Después de la muerte de Moisés, llegó el momento de que los israelitas cruzaran el río Jordán y entraran en la tierra prometida. Dios seleccionó a Josué para liderar esta conquista. (Josué 1:1-4). El Señor tranquilizó a Josué con estas poderosas palabras, que también podemos afirmar: “Como estuve con Moisés, estaré contigo: No te dejaré ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente, porque a este pueblo le darás por herencia la tierra que juré a sus padres que les daría”. (Vv. 5,6; Heb. 13:5)

Después de entrar en Canaán, el pacto de la circuncisión se renovó de acuerdo con las instrucciones de Dios, eliminando así cualquier vestigio de reproche que quedaba de la antigua esclavitud de los israelitas en Egipto. (Josué 5:2-9). Mientras Josué estaba de pie ante los muros de Jericó, un ángel del Señor se le acercó, sosteniendo una espada en su mano y enunciando las palabras que se encuentran en nuestro versículo clave.

La captura de Jericó se llevaría a cabo de una manera peculiar. Durante seis días, los hombres armados de Israel debían recorrer la ciudad una vez al día. Serían seguidos por sacerdotes que llevarían el arca del pacto y por otros sacerdotes que tocarían trompetas. El séptimo

día darían la vuelta a la ciudad siete veces y, después de un toque prolongado de las trompetas, Josué haría una señal a todo el pueblo de Israel para que gritaran. (Josué 6:3-21). Se requirió mucha fe de parte de Josué para dar esas instrucciones, así como fe entre el pueblo de Israel para seguir un plan aparentemente sin sentido. Sin embargo, “por la fe cayeron los muros de Jericó, después de rodearlos unos siete días”. (Heb. 11:30)

Como Israel fue fiel a Josué, seamos fieles a nuestro líder, Cristo Jesús, para que podamos decir con el apóstol Pablo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. (Fil. 4:13)

El reinado justo de Josías

***Versículo clave: “Y como él no hubo rey antes que él, que se volviera al SEÑOR con todo su corazón, y con toda su alma, y con todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él se levantó otro como él.”
— 2 Reyes 23:25***

***Escrituras
Seleccionadas:
2 Reyes 22:1-20; 23:1-30***

El versículo clave de hoy describe a Josías, un rey de carácter opuesto al de sus dos predecesores. Su abuelo, Manasés, había cometido tal maldad que Dios proclamó que entregaría Jerusalén y Judá a sus enemigos. El padre de Josías, Amón, siguió las malas prácticas de Manasés y fue asesinado por sus propios sirvientes en el palacio. (2 Reyes 21:1-23). Como

consecuencia de este acto, “el pueblo de la tierra mató a todos los que habían conspirado contra el rey Amón; y el pueblo hizo rey en su lugar a Josías, su hijo”. (Vv. 24)

Que Josías se convirtiera en un verdadero siervo de Dios y uno de los reyes reformadores más grandes de Judá no debe entenderse como algo meramente casual. En la antigüedad, los nombres se daban para indicar las personalidades que los padres esperaban. Josías significa “Jehová apoyará”. Convertido en rey a la edad de ocho años, es razonable inferir que el niño con inclinaciones religiosas estaba bajo el cuidado de su madre y su abuela. (2 Reyes 22:1,2) El nombre de su madre era

Jedidah, que significa “amada de Jehová”, y su abuela se llamaba Adaías, que significa “honrada de Jehová”. Su guía debe haber ayudado a moldear la naturaleza recta de Josías. Las palabras de Proverbios 31:10-31 hablan de la influencia que las madres de moral elevada y carácter recto tienen en sus hijos y sus familias.

En el duodécimo año de su reinado, Josías ordenó la destrucción de la idolatría que se había establecido durante el gobierno de su abuelo, el rey Manasés. Manasés promovió la idolatría en todo su reino, construyó templos paganos e, incluso, sacrificó a uno de sus hijos en el fuego del dios pagano, Moloc. La destrucción de estos ídolos tardó seis años en completarse. (2 Cr. 34:3-7) Después de esto, en el año dieciocho de su reinado, Josías centró su atención en reparar el templo. (2 Cr. 34:8; 2 Reyes 22:3-6)

Este orden de los eventos proporciona un modelo para nuestra vida cristiana. Como Josías, primero debemos purgarnos del egoísmo y de los ídolos carnales del corazón. (2 Cor. 7:1; Col. 3:8). Después de habernos convertido así en siervos de la justicia, podemos mirar hacia la edificación del verdadero templo de Dios, que los apóstoles declaran consiste en los seguidores de las pisadas de Cristo, la Iglesia. (1 Cor. 3:16,17; 2 Cor. 6:16; 1 Pe. 2:4,5)

La reparación del templo por parte de Josías condujo al descubrimiento de un manuscrito antiguo. Era una copia del “libro de la ley”, ya sea completo o en parte, que Moisés había escrito y ordenado que se colocara dentro del arca del pacto, junto con la urna de oro del maná y la vara de Aarón que reverdeció. Cuando Josías escuchó el contenido de este libro perdido, se

rasgó la ropa y estaba profundamente preocupado, porque indicaba la destrucción futura de su reino como consecuencia de la maldad cometida por los reyes que le precedieron. (2 Reyes 22:8-13; Heb. 9:4).

Para traer al pueblo de regreso a su Dios, Josías reinstituyó la Pascua y volvió a colocar a los sacerdotes y a los levitas en sus deberes asignados en el templo. (2 Cr. 35:1-19). Aunque Israel sería castigado como nación por romper el acuerdo del pacto con Dios, a Josías se le dijo que no sucedería mientras él viviera. Dios dijo con amor: “Te reuniré con tus padres, y serás recogido en tu tumba en paz; y tus ojos no verán todo el mal que yo traeré sobre este lugar”. (2 Reyes 22:20)

Elías se enfrenta a Acab

Versículo clave: “Y [Elías] respondió: No he turbado a Israel; pero tú y la casa de tu padre han abandonado los mandamientos del SEÑOR y han seguido a los baales.” — 1 Reyes 18:18

***Escrituras
Seleccionadas:
1 Reyes 18:1-40***

El ministerio de Elías en Israel comenzó en el momento más crucial. La nación se dividió en dos partes: el reino de dos tribus de Judá y el reino de diez tribus de Israel. En el trono de este último, estaba sentado el rey Acab, pero fue muy influenciado por su esposa, Jezabel, una exprincesa fenicia. (1 Reyes 16:31). Como resultado de su influencia, la adoración de Baal, el dios principal de los fenicios, se extendió rápidamente entre los israelitas. Debido a esta idolatría, Dios decidió traer una sequía sobre la tierra como castigo para Israel. (1 Reyes 16:30-33; 17:1)

Dios se adapta maravillosamente a los hombres, en este caso, Elías, para la obra que diseña para ellos. La declaración de Elías sobre el hambre en nombre de Dios fue un desafío audaz para Acab. Baal era un dios pagano responsable de la lluvia, los truenos, los relámpagos y el rocío. Cuando Elías anunció la sequía, no solo desafió a Baal, sino también al rey Acab, a su esposa Jezabel, a sus sacerdotes y al pueblo de Israel.

En el tercer año de hambre, Dios le dijo a Elías que confrontara a Acab. Para entonces, el rey había reconocido que el hambre era el castigo de Dios, pero aún vacilaba entre el bien y el mal. La tarea de Elías era hacer que el rey y todo el pueblo vieran sus malos caminos y los hicieran regresar a Dios con todo su corazón. (1 Reyes 18:1-16).

Cuando se encontraron, Acab le preguntó a Elías: “¿Eres tú el que turba a Israel?”. (Vv. 17). La respuesta de Elías, que se encuentra en nuestro versículo clave, transfirió correctamente la responsabilidad a Acab y su casa gobernante. Lo que siguió es uno de los eventos más dramáticos registrados en las Escrituras, un desafío que enfrenta a Jehová, el Dios de Israel, y a Baal, el dios de Fenicia y Canaán.

En este desafío, Elías era el agente de Jehová, y cuatrocientos cincuenta de los sacerdotes de la reina Jezabel eran representantes de Baal. Se construyeron dos altares, y los profetas de Baal seleccionaron dos becerros. Se colocaría un becerro en cada altar para sacrificarlos a los dos dioses. Cualquier dios que respondiera consumiendo el sacrificio con fuego sería designado el Dios verdadero. La propuesta era tan justa que los profetas de Baal no pudieron rechazarla. (Vv. 22-24). Antes de que comenzara la prueba, Elías les habló a los israelitas, como un padre decepcionado le hablaría a un niño: “¿Cuánto tiempo van a vacilar entre dos opiniones? Si el SEÑOR es Dios, síganlo; pero, si Baal es Dios, síganlo”. (Vv. 21, *Nueva Versión Internacional* en inglés).

El resultado fue unilateral, como se muestra en los versículos 25-38 de nuestra lección. Los profetas

malvados pidieron a Baal que prendiera fuego a su becerro, pero no sucedió nada. Después de su fracaso, Elías tomó doce piedras del altar de Jehová que habían sido derribadas anteriormente y construyó un nuevo altar, sobre el cual colocó su becerro. Cavó una zanja a su alrededor e hizo verter agua sobre todo el altar tres veces, llenando la zanja. Elías pidió a Jehová que mostrara al pueblo que él era el único Dios verdadero. Inmediatamente, el becerro, la madera, las piedras y el agua fueron consumidos por el fuego de arriba.

Qué bendición es saber que Jehová es el único “Dios verdadero, él es el Dios viviente”. (Jer. 10:10). Esperamos con ansias el momento en que todas las personas reconozcan esto y “se vuelvan a Dios, dejando a los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero”. (1 Te. 1:9).

Estudio X

EL BAUTISMO DE LA NUEVA CREACION

Parte 6

¿ES NECESARIO EL BAUTISMO SIMBÓLICO?

El testimonio del Señor y de los apóstoles indican claramente lo apropiado que es el bautismo simbólico o en agua, porque no únicamente ellos fueron bautizados en agua, sino que también enseñaron el bautismo en agua con respecto a otros no únicamente a los judíos — sino también a los gentiles convertidos. Nosotros ya lo mostramos anteriormente que el bautismo de nuestro Señor Jesús fue separado y distinto al bautismo en Juan, que generalmente era únicamente para los judíos, y que no era para el arrepentimiento y para la remisión de pecados porque Juan comprendió la materia; y nuestro Señor, instituyendo el símbolo con su propia muerte, no intentó explicar lo que Juan y otros en ese tiempo no hubieran entendido, porque el Espíritu Santo aún no era dado, porque Jesús no había realizado aún su sacrificio por nuestros pecados, ni había sido glorificado para presentar el sacrificio por parte nuestra. Nosotros notamos la comisión dada por nuestro Señor a los apóstoles, y a nosotros mediante ellos, como está registrado en Mateo 28:19,20: “Por lo tanto id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el

nombre [por la autoridad] del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Esta comisión se ha aplicado a toda la edad Evangélica y bajo la misma a todos los ministros de la Verdad que hoy laboran. El Señor no se refirió aquí al bautismo del Espíritu Pentecostés, porque en ese entonces no estaba en el poder de los apóstoles para bautizar. El Señor mismo, y él únicamente, tenía y mantuvo esta autoridad. Fue, sin embargo, otorgada a los apóstoles, y a todo los profesores fieles de la Palabra del Señor, para instruir a la gente con respecto a la gracia de Dios en Cristo — con respecto a su justificación, y con respecto a su santificación, consagración, o bautismo en la muerte con Cristo, si llegaran a ser participantes de su nueva naturaleza y de su gloria venidera. El bautismo incluye también al simbólico, o el bautismo en el agua, lo cual sería la señal exterior para dar a conocer, el fondo, o la consagración de corazón del creyente y manifestado a los demás, así como nuestro mismo Señor primero hizo su consagración del corazón al Padre, y luego lo simbolizó en agua.

Los inspirados apóstoles entendieron muy bien su comisión y la muestra es evidente por todas sus enseñanzas. Ellos primero enseñaron a la gente todo con respecto a la gracia de Dios en la obra de la redención, alentándolos para creer en la justificación a la vida. Implorándoles que hicieran una consagración total de corazón, diciendo, “Así que *hermanos os ruego* [sin ser pecadores, pero justificados¹ mediante la fe en Cristo, y, aquí en adelante, designados miembros de “la familia de la fe” o hermanos], por las misericordias de Dios [que en

¹ tentativamente —*Edit.*

parte ustedes ya recibieron en su justificación], que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo santo [justificados], agradables a Dios, que es vuestro verdadero culto”. (Rom. 12:1) Esta era la invitación para consagrar, o sacrificar o ser “*bautizados en su muerte.*” Muchos que escucharon la palabra con regocijo, con la condición apropiada de corazón, se bautizaron — no sólo fueron realmente bautizados en su voto de consagración, sino también simbólicamente fueron bautizados en agua, siendo este testimonio exterior.

Note los siguientes testimonios acerca del bautismo practicado por todos los apóstoles — no únicamente con los judíos, sino también con los gentiles. Nosotros leemos esto acerca de la gente de Samaria. “Más cuando creyeron a Felipe... se bautizaban, hombres y mujeres [no niños]” (Hechos 8:12). El eunuco etíope convertido por Felipe el predicador se bautizó también en agua (Hechos 8:35-38) después de que Pedro había predicado a Cornelio y su familia, “El Espíritu Santo cayó sobre todos los que *escuchaban* [apreciaban] el sermón [ningún niño, por lo tanto],... él les mandó a bautizar.” (Hechos 10:44-48) Nuevamente nosotros leemos, “Muchos de los corintios oyendo creían, y se bautizaban.” (Hechos 18:8) Nuevamente nosotros leemos, “Lidia, que vendía púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios estaba oyendo. El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía... y cuando fue bautizada junto con su familia.” (Hechos 16:14,18) El carcelero Filipense, cuando él había creído, era bautizado por Pablo y Silas en la prisión. (Hechos 16:33) De nuevo, nosotros leemos “y también bauticé la familia de Estefanía.”(1 Cor. 1:16)

Es cierto, el Apóstol en este último caso menciona que a muy pocos él había bautizado, pero esto, indudablemente, fue por la espina en su carne, su vista imperfecta; y a los pocos quien él bautizo probablemente recibieron este servicio por sus propias manos porque no había nadie que estuviera convenientemente disponible. Él le dio gracias a Dios por haber bautizado a muy pocos, pero esto no significa que él había cambiado su forma de parecer con respecto a lo apropiado del bautismo verdadero o de su símbolo; pero en vista de que una disputa había surgido en la Iglesia — con un espíritu disidente o de facción que conducía a algunos a decir, “Yo soy de Pablo, otros, yo soy de Apolo, y otros, yo soy de Pedro”, — el Apóstol estaba satisfecho el poder decir que él mismo había bautizado a muy pocos de ellos por temor a que algunos de ellos hubieran afirmado que él había hecho discípulos personales, bautizándolos en su nombre propio, en vez de hacer discípulos para Cristo, bautizándolos en el nombre de Cristo.

A la luz de estas declaraciones simples de las Escrituras con respecto a los preceptos y práctica del Señor y los apóstoles, sería audaz, quien declarase que el bautismo simbólico en el agua no era enseñado por las Escrituras; o que se enseñase que la aplicación era únicamente para los judíos; o que su propósito fue únicamente como una obra introductoria. Por el contrario, ambos han sido enseñados y practicados desde el principio de la edad al tiempo presente, si bien con ceremonias y formas diferentes, y sin más ni menos con una concepción incorrecta de su significado, confundiendo el símbolo y perdiendo de vista al

bautismo verdadero. Es seguramente con una buena razón que toda la gente cristiana repita al bautismo en el agua como una institución divina. Si alguien todavía tiene la tendencia en controvertir esta pregunta, nosotros no tenemos nada que discutir con ellos, pero crean que si hay alguien honesto que ha cumplido en su corazón el bautismo verdadero de hacer la voluntad del Señor — y si para él mismo y para el mundo ha muerto, y vive hacia Dios, mediante Cristo Jesús nuestro Señor, Dios se lo revelará todo a su debido tiempo (Fil. 3:15)

Mientras tanto, nosotros nos regocijamos con los que han encontrado el bautismo verdadero, y que ahora son participantes: los felicitamos sobre la verdad porque es mucho mejor ver y disfrutar el bautismo verdadero sin perder de vista al símbolo, que poder ver el símbolo y perder de vista al verdadero. Por lo tanto, sin importar cuánto favorecemos el bautismo simbólico, no podríamos basar en éste la fraternidad cristiana, sino únicamente en el bautismo verdadero a la muerte con Cristo. Todos, los que confiesan al Señor como su Redentor, y confiesan una consagración total de corazón y de vida a él, los aceptamos como hermanos en Cristo Jesús, miembros de la *Ecclesia*, cuyos nombre están inscritos en el cielo — la Nueva Creación en Cristo, que son por nacimiento judíos o gentiles, esclavos o libres, varones o hembras, bautizados con agua o bautizados sin agua.

Por otra parte, no se olviden que cada aumento de conocimiento trae no únicamente un mayor privilegio y regocijo, sino también un aumento de responsabilidad. Por lo tanto, cualquiera que pueda apreciar la belleza y la autoridad del símbolo en el agua, reconoce a la vez otra

prueba con respecto a la *muerte* de su voluntad — respetando su bautismo verdadero en la muerte con su Señor. Ser desobediente al símbolo bajo estas circunstancias, se notará muy fácilmente, y significaría un alejamiento del sacrificio y un fracaso para asegurar su llamado y elección.

EL SÍMBOLO APROPIADO DEL BAUTISMO

Nosotros no intentamos una discusión de los diferentes puntos de vista a favor o en contra de la aspersión, derrame o la inmersión — para saber cuál era la forma apostólica original para aplicar el bautismo simbólico. Nosotros sugerimos, sin embargo, que ningún infante podría estar en la condición mental de corazón que le permitiría hacer una consagración o bautismo de su voluntad en la voluntad de Cristo, al grado de llegar a estar muerto con él, con uno mismo y el mundo. Nosotros insistiremos enfáticamente, que el bautismo simbólico *no se podría* efectuar con anterioridad al bautismo verdadero, con alguna validez; porque el propósito del bautismo simbólico es la expresión o confesión exterior de lo que ya había transcurrido en nuestros corazones, con nuestras voluntades, y con el Señor, en secreto.

Estas cosas estando en lo cierto, implican que la gran mayoría de la gente cristiana nunca ha tenido un bautismo simbólico o en el agua el cual pueden recibirlo únicamente después de hacer inteligentemente su voto de consagración. La inmersión de los adultos con anterioridad *a la consagración* no sería más efectiva que un baño ordinario, o más que un bautismo simbólico o

que la aspersión de un infante que no está consagrado. Es la responsabilidad de todos, por lo tanto, investigar seriamente cuál es el bautismo verdadero en agua, el símbolo verdadero, diseñado por nuestro Señor, obedeciendo inmediatamente, con todo el corazón consagrado, o “verdaderamente muerto.” Es la voluntad propia y en la opinión del mundo, estará sobre alerta para conocer y hacer la voluntad del Señor en esto y en todo lo relacionado a la fe. Esta vigilancia se implica en la expresión, “Así también vosotros consideraos muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor Nuestro”. (Rom. 6:11)

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de mayo - junio de 2021)

Anuncio



El día apropiado para observar la Cena Conmemorativa es viernes, el 26 de marzo de 2021, después de la puesta del sol.

